

A E
& I

Noviembre

Autores Españoles e Iberoamericanos

Jorge Galán



Noviembre

Diseño de portada: Genoveva Saavedra / aciditadiseño
Imagen de portada: sacerdote, Gregory Dean; cruz con rosas, Elena Dijour; fondo, Tonktiti; gotas de sangre, Triff / Shutterstock

© 2015, Jorge Galán

Derechos reservados

© 2015, Editorial Planeta Mexicana, S.A. de C.V.
Bajo el sello editorial PLANETA M.R.
Avenida Presidente Masarik núm. 111, Piso 2
Colonia Polanco V Sección
Deleg. Miguel Hidalgo
C.P. 11560, México, D.F.
www.planetadelibros.com.mx

Primera edición impresa en México: octubre de 2015
ISBN: 978-607-07-3108-2

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 229 y siguientes de la Ley Federal de Derechos de Autor y Arts. 424 y siguientes del Código Penal).

Impreso en los talleres de Litográfica Ingramex, S.A. de C.V.
Centeno núm. 162, colonia Granjas Esmeralda, México, D.F.
Impreso en México – *Printed in Mexico*

A Fernando Valverde

Inicio

Esta historia debería empezar en 1950, cuando un hombre en un aula poco iluminada preguntó si alguien quería ofrecerse como voluntario para viajar a América. Sentados en sus butacas, un grupo de jóvenes, ninguno de ellos mayor de diecinueve años, lo escuchaba con la fascinación con la que se oye una historia de aventuras. Aquel hombre les habló de un lugar con calles de piedra situado en las estribaciones de un valle dominado por un volcán y rodeado de cerros que eran parte de una cordillera que se extendía desde México hasta las regiones profundas de América del Sur, y cuyo trayecto sólo se veía interrumpido por el canal de Panamá.

Aquella mañana, pese a la fascinación de todos los jóvenes seminaristas, sólo uno de ellos levantó su mano. Poco después, con una alegría creciente y genuina, empezó un largo viaje hacia el otro lado del océano. En esos días le gustaba pensar que al volver sin duda sería otra persona. Lo que nunca pudo imaginar entonces es que no iba a volver, o que lo haría sólo de una forma parcial e incompleta, porque volver para marcharse es como no volver y porque uno sólo regresa al lugar al que pertenece, y este hombre, este muchacho de diecisiete años, pronto iba a darse cuenta de que ya no pertenecía al sitio del que había partido.

Así debería empezar esta historia, con un joven de sotana negra bajando las escalerillas de un avión una mañana, el sol terrible del trópico sobre su cabeza, la brisa tibia en su rostro aún terso, a un tiempo asombrado y curioso por lo que observaba a su alrededor, por los árboles que se extendían junto a la pista, por los cerros en la lejanía, por el volcán que llenaba el horizonte en el norte. Al tocar el

suelo cerraría sus ojos y permanecería un instante en aquella extraña quietud llena de aroma y luz y con un ruido lejano de aves semejante a un murmullo. Años más tarde, podemos ver al mismo hombre y los mismos ojos cerrados, pero no baja de unas escalerillas. Tampoco es 1950, es 1989. Cerca de medianoche.

Dentro de una profunda oscuridad, tendido en la cama, abrió de nuevo sus ojos. Creyó escuchar voces lejanas pero no estuvo seguro de que fueran reales, al menos en un principio. Se encontraba en su habitación de la casa de los jesuitas de la Universidad Centroamericana de San Salvador, en la que vivía desde hacía años. A lo lejos, podía escuchar los enfrentamientos que se producían por toda la ciudad, y a pesar de ello, había podido dormir al menos unas horas hasta que aquel desorden lo despertó. Un grupo de personas esperaba fuera y le llevó sólo un instante comprenderlo. Sintió unos pasos, los pasos de un corredor, o muchos de ellos, porque eran muchos. Se sentó sobre su cama, alerta pero sin angustia. Alguien golpeaba las puertas y se percibía un sonido de metal contra metal. No era una visita amable, sin duda. Lo comprendió con claridad, pero no sintió angustia sino pena, si hubiera estado solo habría sido distinto, pero estaba con sus compañeros. Con él eran seis sacerdotes en la casa.

Pronto las voces ya no se escondieron en los cuchicheos y se mostraron tal cual eran. Sonó el primer disparo. Venía de atrás, de la fachada del Centro Monseñor Romero. Ignacio Ellacuría se levantó y buscó su albornoz. No tenía miedo, pero la mano le temblaba y le costó un poco hacer el nudo cuando se puso su vestimenta y amarró la tira de tela que servía como cincho alrededor de su cintura. Se pasó la mano por la cabeza sólo como un reflejo y salió de la habitación. Sus compañeros también estaban despiertos. Les pidió calma. Alguno de ellos rezaba. Otro preguntó: *¿Vienen a catear otra vez?*, pero Ellacuría no se atrevió a responder y nadie lo hizo. *¿Qué está pasando?*, preguntó alguno más, y tampoco hubo una respuesta. Pidió calma de nuevo y explicó que iría a mirar qué sucedía. Uno de sus compañeros le dijo que tuviera cuidado y Ellacuría contestó: *No te preocupes*. Y esa frase era sincera, ya no había de qué preocuparse, ya no podían hacer nada.

Caminó hasta la entrada principal. Se detuvo junto a una hamaca y desde allí los vio y lo vieron. Aquellos hombres daban grandes gri-

tos y golpeaban la puerta. *No armen este escándalo que ya les voy a abrir*, les pidió Ellacuría, y entre esa frase y la entrada crecieron unos segundos, quizá los mismos que tardó casi cuarenta años antes en levantar la mano, el día que, en un aula, un hombre preguntó quiénes viajarían como voluntarios a Centroamérica. Aquel hombre avanzó de la profunda noche a una noche aún mayor y su pensamiento no se encontraba ya en aquel pasillo ni frente a esa puerta sino en sus padres, en sus amigos, en los años de su juventud. Y cuando su mano temblorosa giró la cerradura y la puerta se abrió y entró la brisa tibia con ese olor a pólvora y sudor, exuberante a su manera, sintió una calma incomprensible, quizá aquella de quien ha recorrido el largo camino de una enfermedad y cree que ha llegado el momento de descansar, ese en el que todo parece menos terrible. Sólo entonces, es capaz de entregarse a lo que viene sin importarle lo que encontrará al otro lado, sin importarle incluso si hay otro lado posible.

Si yo sé por qué están aquí, les dijo Ellacuría. Mientras algunos hombres pasaban junto a él y se dirigían a las habitaciones, el teniente a cargo le pidió a un subordinado que llevara a Ellacuría con los otros, al jardín. Quizá si hubiera sido un solo hombre, un solo sicario, hubiera podido dialogar con él, tratar de convencerlo, pero eran tantos que desde el principio supo que era inútil. Y sin embargo, lo intentó. *Ustedes vienen a por mí, y aquí estoy, no vayan a tocar a nadie más*. El teniente no pareció escucharlo. *Aquí estoy, los otros no les han hecho nada. Ya me tienen a mí*. Pero aquel hombre ni siquiera lo miró. Caminó unos pasos junto al padre Ellacuría hasta el jardín. Un soldado tomó al sacerdote por el hombro y lo obligó a tirarse al suelo. Dentro de la casa los gritos de los militares escalaban sobre las protestas de los otros sacerdotes. Ellacuría se acostó sobre la hierba húmeda. A su alrededor había un ruido de grillos que pasó inadvertido para todos. Una luna enorme y llena se hallaba en el cenit e iluminaba toda la escena. Las ventanas de las casas colindantes mostraban siluetas que aparecían y desaparecían en la oscuridad. Nadie podía ver el interior de la casa de los padres, pero sí escuchar lo que sucedía. Uno a uno, llegaron los otros, obligados por los soldados, y se tiraron a la hierba. *Hubiera querido despedirme de mi hermana*, dijo Ignacio Martín-Baró. *He hablado con ella hoy y no le he dicho nada*. Sollozaba. Alguien más le dijo: *Que no nos vean llorar*. Detrás de ellos, otro dijo: *Esto es una injusti-*

cia. Y otro más giró la cabeza hacia los soldados: *Sois unos desgraciados.* Pero pronto dejaron de protestar o sollozar y uno de ellos empezó a rezar el padrenuestro. Tiempo después, los testigos de las casas vecinas dirían que escucharon una especie de *lamento acompasado*, pero no era un lamento lo que oían sino el leve canto del padrenuestro, que rezaron al unísono. Habían llegado al país, muchos años antes, como sacerdotes, y querían marcharse de la única manera que sabían. Después de unos minutos, uno de los soldados se acercó y realizó el primer disparo. Uno de los sacerdotes quiso levantarse pero no tuvo tiempo. Pronto el lamento acompasado cesó. Y todo cesó. Era la madrugada del 16 de noviembre de 1989.

Primera parte

La mañana era fría pero no en el campus de la universidad.

Había entrado y recorrido sólo unos metros cuando el aire se había vuelto tibio, y lo era incluso en la zona que se encuentra junto a la Rectoría, donde acaba la cancha de fútbol, en esa orilla llena de pinos que dan sombra todo el año. Serían las seis de la mañana y caminó toda esa calle lateral que recorre la parte trasera de la biblioteca y de los edificios del laboratorio y llega hasta el Centro Monseñor Romero. La tibieza que había sentido se hizo más evidente en cuanto entró al centro, pero ya sus pasos, que antes habían sido enérgicos, sin que lo notara, se habían vuelto lentos, como si algo le impidiera darlos, como si un niño pequeño se amarrara a sus piernas y le impidiera andar con agilidad.

La puerta estaba abierta y el lugar parecía un campo de batalla por dentro, con restos de casquillos de bala por el suelo. Era evidente que un incendio había acabado con algunas de las habitaciones. No quiso entrar a ninguna de ellas, pero por el pasillo sus huellas frescas se unieron a docenas de huellas que se dibujaban en la ceniza. Subió las gradas que llevaban del centro a la casa de los jesuitas. Pronto pudo ver los cuerpos de los sacerdotes. Caminó alrededor de ellos, sin dejar de mirarlos, y se inclinó para tocar al padre Martín-Baró. Puso sus dedos en el hombro del sacerdote como si intentase despertarlo, pero no reaccionó. Vio un rastro de sangre que iba desde el jardín hacia el interior de la casa. Sintió una sombra detrás, una sombra tan real como el dolor. Él no había ido a buscar a los sacerdotes, estaba allí por su mujer y su hija, que vivían en la misma casa.

Al subir las gradas tuvo el impulso de correr hasta la habitación del fondo, donde las dos pasaban la noche, pero no se atrevió. Se quedó con los jesuitas asesinados y quiso creer que no faltaba nada para oír la voz de su mujer diciéndole que dejara eso, que entrara en la habitación, que se apurara en llamar a una ambulancia... pero la voz no llegaba. Tardó unos minutos en atreverse a dejar los cuerpos de los sacerdotes atrás y enfrentarse a la habitación al fondo. No supo cuándo tapó su boca con la mano. El silencio de todo el lugar era una evidencia demasiado terrible. Temblaba al acercarse. La puerta estaba abierta. ¿Por qué no había salido su mujer o su hija? ¿Por qué no las escuchaba? Se detuvo a un paso de la puerta y se encontró perdido. Un instante después se asomó y las vio, una junto a otra, tiradas en el suelo, casi abrazadas. Se sentó en medio de la habitación, aún con la mano sobre la boca, pero sin mirar más, porque no quería ver más, ni pensar, ni sentir. Cuando pudo levantarse, caminó hasta la capilla, que estaba justo al lado de la habitación, y se sentó de nuevo, recargándose en uno de los muros de la fachada. Sólo en ese momento tan lleno de soledad como de espanto pensó en lo que podría hacer, y era nada, salvo salir de la universidad y caminar hasta la casa donde vivían los otros jesuitas, que estaba a sólo unos metros del campus, al final de una calle paralela. Supuso que debía dar aviso de lo sucedido. Así que se levantó y de pronto sintió una urgencia enorme, como si al llegar más rápido pudiera solucionarse algo. Por eso apuró el paso. Salió de la universidad y casi corrió para dar la noticia, sin notar que, al dejar aquella casa, la mañana seguía siendo fría.

José María Tojeira estaba aseándose en el patio. Había afeitado la mitad de su rostro cuando el padre Francisco Estrada se asomó a la puerta.

—Chema, acaba de llegar Obdulio y dice que han asesinado a los jesuitas de la UCA y también a su mujer y su hija.

Tojeira sintió que el suelo se movía o que se ponía blando como cuando se anda sobre un bosque de pinos en el otoño y las hojas cubren el polvo y las raíces. La sensación de mareo se mezcló con el frío y tardó unos segundos en comprender lo que le acababan de comunicar de una forma tan trivial, como si le hubieran anunciado que estaba listo el desayuno. Llamó a otro de los jesuitas, que se encontraba en la planta alta de la casa, y le pidió que lo acompañara mientras acababa de afeitarse, que lo sostuviera porque sentía que se caía. Al terminar, subió a su habitación, se vistió y lo que pensó no lo recuerda, ha quedado perdido para siempre.

Al bajar encontró a Obdulio sentado en un sillón de la sala. Parecía haber empequeñecido de alguna forma, como cuando la mano abierta se convierte en un puño cerrado. Silencioso, oscuro, con la mirada extraviada, apoyaba su cabeza en la pared y parecía no escuchar nada de lo que se decía a su alrededor. Junto a Obdulio, de pie, se encontraban otros compañeros y una mujer llamada Lucía, que se había quedado a pasar la noche en un edificio contiguo a la universidad, propiedad de la Compañía de Jesús, donde le habían dado resguardo pues no había podido volver a su casa, que se encontraba en medio de una zona de guerra. Lucía trabajaba con los padres en la universidad y aquellos días la acompañaban su hija y su esposo. En cuanto vio aparecer a Tojeira se abalanzó sobre él y le dijo:

—Padre, yo los vi, los vi y los escuché. Eran soldados, padre.

Los había visto salir de la casa, iluminados por la luz de la luna, una luz más radiante que ningún otro día. Tal vez sorprendida por las bengalas que los soldados lanzaron en el momento de la retirada. Tojeira y algunos sacerdotes hablaron brevemente con Lucía. Le preguntaron si estaba dispuesta a testificar. Ella no dudó. Contestó que sí, que haría lo que fuera necesario. Le pidieron que, por su seguridad, lo mejor era que pasara desapercibida, que volviera a la casa y no hablara con nadie, que ellos se encargarían de todo.

Como aún tenían que comprobar lo que les habían dicho, se prepararon para salir. Pero antes de hacerlo, uno de los jesuitas preguntó: *¿Y qué hacemos si todavía están dentro?* Le preguntaron a Obdulio si había visto a alguien, y él contestó que no, que no había nadie, o que al menos él no había descubierto a nadie dentro.

—¿Y si están escondidos? Aún es muy temprano, pueden estar nos esperando.

—Obdulio, ¿has revisado la casa de los padres?

—No, padre, no revisé nada —respondió aquel hombre, que era una sombra—. No quise entrar ni al cuarto donde estaba mi mujer.

—Yo creo que hay que ir a ver qué ha pasado —indicó Tojeira—. Es peor si no vamos. ¿O alguno quiere quedarse?

Nadie respondió. Así que Tojeira los dividió en dos grupos.

—Ustedes vengan conmigo —pidió a algunos—, vamos a entrar por el portón del lado este. Y ustedes vayan por la entrada peatonal. Si oyen disparos, vuelvan corriendo a la casa y llamen a la prensa internacional, y no salgan.

No estaban lejos, la casa en la que vivían Tojeira y los otros jesuitas estaba apenas a unos metros de la entrada peatonal de la universidad, al fondo, en la misma calle. A la entrada este se podía acceder rodeando la casa y bajando a través de una avenida que transcurre de norte a sur, desde el Bulevar Los Próceres hasta Antiguo Cuscatlán. Así que Tojeira fue por allí, con la llave de la puerta en la mano. Hubiera querido que los goznes no hicieran ruido al abrir, pero fue inevitable. Desde esa entrada, el Centro Monseñor Romero quedaba a unos pocos metros a la izquierda, al subir a través de la calle interna de la universidad.

La casa de los jesuitas de la UCA se encuentra en la fachada opuesta al Centro Monseñor Romero, y se tiene acceso a ella desde el interior del centro o desde una entrada que se encuentra junto a la capilla. En el lado izquierdo de la calle no hay construcciones sino un largo trecho de árboles, hierba y macizos de flores. En el lado derecho hay una serie de edificios, que sirven para albergar laboratorios de ingeniería. Cuenta Tojeira que avanzaron bajo la sombra de los grandes árboles que dominan esa parte del campus, que era un día luminoso, frío, y que el bullicio de los pájaros inundaba todo el lugar. Eso le hizo pensar que lo que les habían asegurado no podía ser posible, no en un día como aquel. Todo aquello tenía que ser una extraña mentira. Ese pensamiento permanecía en él incluso cuando entró al Centro Monseñor Romero a través de una puerta sin cerrar, y le llegó un aroma de ceniza, tibio, agrio, que provenía de las habitaciones laterales, consumidas por el fuego. No fue suficiente para agotar su esperanza, siguió pensando que todo podía ser un error, una espantosa confusión, mientras subía las gradas que dan acceso a la casa de los padres, escalón a escalón, y no dejó de pensarlo hasta el último instante, cuando vio, primero, una mano tirada en la hierba, y luego un hombre entero, seguido de otros tres cuerpos esparcidos como semillas extrañas por el pequeño jardín.

Se encontraban boca abajo, con los brazos extendidos como si quisieran alcanzar algo que se hallaba frente a ellos. Otro, con un solo perfecto orificio, asesinado con un tiro de gracia. Tojeira y los demás sacerdotes estuvieron un largo rato contemplando aquella escena irreal, quizá convenciéndose de que lo que veían era cierto. Unos minutos más tarde, Tojeira entró para revisar las que habían sido sus habitaciones, y en una de ellas encontró el cuerpo del padre Joaquín López y López en medio de una informe huella de su propia sangre. Después caminó hasta la habitación que pertenecía habitualmente al padre Jon Sobrino, que estaba de viaje fuera del país. Allí encontró el cadáver del padre Juan Ramón Moreno, que parecía haber sido arrastrado hasta aquel lugar. Poco después salió y se dirigió a la habitación que ocupaban la mujer y la hija de Obdulio.

—No lloraba —me dice Tojeira.

—¿Usted, padre?

—Ni Obdulio ni yo.

Me habla de Obdulio, y lo que me cuenta de él podría haberlo dicho sobre un cadáver, silencioso, pálido, oscurecido, sin emitir un sollozo, resignado, sometido por el peso de un destino que ha enseñado a la gente que habita este lugar de sombra que la resignación es lo único que puede encontrar en una ciudad y en un país como este. Su mujer, Elba, estaba sobre su hija, Celina, y era claro que la madre había querido proteger a la hija, que intentó salvarla hasta el último instante. El cuerpo y el rostro de la madre estaban destrozados.

Tojeira habla de esa mañana como si hubiera ocurrido una semana atrás, un mes atrás, un día atrás, porque las imágenes de ese instante nefasto, lo que vio entonces con una mirada endurecida por las circunstancias, no es algo que se pueda olvidar aunque hayan pasado muchos años, aunque hayan pasado todos los años de su vida, porque cuando el último de los días llegue para él, ese recuerdo será como un relieve sobre los otros. Y al hablarme de los cuerpos de sus compañeros, no vuelve a mencionar ni lo luminosa que era la mañana ni el bullicio de las aves ni que la brisa había vuelto y la hierba alrededor de los cuerpos se movía como si nada ocurriera más allá, como si la muerte y el miedo no fueran más que una extraña invención en el terrible mundo de los hombres.

Días atrás, el 11 de noviembre de 1989, las fuerzas militares del Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional (FMLN) dieron inicio a la que denominaron una *ofensiva final*. No hubo un ataque en toda la guerra civil salvadoreña que tuviera una envergadura mayor. Se libraron combates por todo el país, pero principalmente en la capital, San Salvador, adonde la guerra no solía llegar con frecuencia. El sonido de la metralla, cercana o lejana, no había cesado desde entonces, y para la madrugada del día 16 aquello se había convertido en una sombría cotidianidad.

—Por la noche escuchamos los disparos —recuerda Tojeira— pero no sospechamos nada, creímos que era un combate más. Uno de tantos. Llevábamos cuatro o cinco días así. Y esa madrugada, lo que nos alarmó es que todo sucedía muy cerca, pero nada más. Fueron veinte minutos de disparos. Tres granadas y un cohete antitanque Low. Además de armas de diverso calibre. Una AK-47, que era el arma de los guerrilleros, mucho M-16, que era la usada por el ejército, y una M-60, con la que ametrallaron el edificio. Por último, un lanzallamas, que usaron para destruir el interior de las oficinas del Centro Monseñor Romero. Claro que oíamos aquello y creíamos que era un enfrentamiento. ¿Qué otra cosa podíamos pensar?

Yo creo que no podían pensar ninguna otra cosa, pero no respondo a su pregunta porque no es una pregunta en realidad, sino un lamento. Sus ojos se han oscurecido mientras hablamos, también la habitación, como cuando pasa una nube de tormenta. Volvemos a esa mañana, a los cuerpos de los padres tirados en la hierba y al ho-

rror que viene después, cuando se preparan para el día y se reparten las tareas por hacer.

Fue Tojeira quien repartió las obligaciones como un hermano mayor que habla con los más pequeños en ausencia de sus padres y les ordena qué deben hacer para que la casa no se venga abajo. Se han quedado solos, están solos. Y aunque son hombres, algunos incluso de mayor edad que los asesinados, el vacío es tan hondo que comprenden que están solos, como si aquello fuera una verdad absoluta.

—Tú vas al arzobispado, ordenó a uno de ellos Tojeira, y le dices al arzobispo lo que sucede.

—¿No será mejor llamar?

—O llámale, o ve, como prefieras. Pero debes informarle. Y tú, tú tienes que ir al hotel Camino Real, donde está la prensa internacional.

—¿Vamos a quedarnos aquí? —preguntó otro.

—¿Cómo? ¿Ahora?

—Por la noche. Me refiero a la noche. Quizá no sea conveniente quedarnos en esta casa.

—A lo mejor es peligroso quedarnos aislados —consideró otro más—. Y estamos muy cerca de la universidad, seguro que saben que estamos aquí.

—Quizá habría que estar todos juntos. Los seminaristas, nosotros...

—Bueno —les concedió Tojeira—, quizá lo mejor sea reunirse en una sola casa, irnos todos para la casa de Santa Tecla. Pero eso lo veremos luego, lo importante ahora es hacer un análisis de lo que ha sucedido.

—Hay que irse de aquí. Lo de Santa Tecla me parece la solución.

—Sí, lo haremos. Pero antes esto, ¿qué vamos a decir a la prensa? —preguntó Tojeira.

¿Qué conclusión sacamos de todo esto nosotros?

—Lo que nos dijo Lucía, eso es lo que debemos decir, no hay otra posibilidad.

—Sí, bueno, sí, pero no podemos decir sólo eso. Quizá, ni siquiera podemos decir que nos lo dijo una testigo. Sería demasiado peligroso.

—Lo que ha pasado es obvio. La universidad está en una zona militarizada. Estamos rodeados. Aquí no puede entrar nadie más que el ejército.

Para los jesuitas no hay otra explicación. Frente a la universidad, cruzando el Bulevar Los Próceres, se encuentra la colonia Arce, una colonia exclusivamente de militares. Más allá, a menos de quinientos metros, está la escuela militar, y junto a ella, la sede del Estado Mayor junto a la Fuerza Armada y la sede de la Inteligencia Militar. Toda aquella zona estaba acordonada por efectivos militares, que se extendían por toda la colonia Jardines de Guadalupe, alrededor de la UCA. Incluso en edificios anexos a la universidad se sabía que había unidades del ejército. Era imposible que una patrulla de la guerrilla penetrara en la zona en medio de toda esa seguridad, incursionara en el campus y asesinara a los jesuitas. Todo eso sin tener en cuenta que Lucía los había visto.

—Decidieron decir lo que creen que es la verdad.

—Sí. No había otra manera.

—Aun con el riesgo que implicaba acusar al ejército. A un ejército en medio de una ofensiva militar. A uno que acababa de matar a sus compañeros.

—¿Qué más podíamos hacer?

Había razón para el miedo, pero decidieron que no podían callarse. Después de aquella reunión cada uno de ellos salió a hacer lo que se le había indicado y ninguno supo distinguir el silencio de las casas aledañas a la universidad. Ninguno descubrió los rostros en las ventanas. Nadie en el vecindario sabía lo que había pasado, pero les vieron caminar por la acera, les observaron andar con la vista perdida en el polvo que se revelaba en la luz más clara de noviembre y caía al suelo. Habían sentido el peso de la sombra que cubría a cada uno. Habían notado su silencio terrible. Y todo eso les dijo que algo sucedía en la universidad. Ninguno saludaba, ninguno sonreía, se habían convertido en siluetas, siluetas que iban y venían en el frío de la madrugada y a las que ellos tampoco se atrevían a saludar, como habrían hecho habitualmente. Alguno de los vecinos pensó en el asesinato, pero no se atrevió a creerlo. Tan inverosímil les parecía.

Tojeira caminó hasta su oficina. Debía llamar a Roma. Sus pies se arrastraban por la acera, pero él no podía notarlos. Arrastraba pie-

drecillas y hojas secas y barría el polvo, pero él andaba atrapado por una sola imagen, la de sus compañeros en la grama, desvanecidos, de espaldas. Si hubiera existido un precipicio en la acera por donde caminaba, habría caído irremediablemente. Parecía haber dejado la existencia durante ese trayecto que hizo de manera automática, de memoria. Tampoco notó a los fisgones de las ventanas. Ni escuchó los murmullos que se decían entre ellos. Nada había afuera. Todo sucedía dentro de él, donde aún se encontraba muy cerca de los cuerpos de sus compañeros, de pie, teniendo el cuidado de no tocarlos, de no mancharlos con la suela de su zapato. Abrió la puerta sin darse cuenta, caminó hasta su escritorio, buscó el número y marcó. Mientras marcaba pensaba que era terrible tener que dar una noticia como aquella. ¿Qué hora sería en Roma? La mitad de la tarde. Quizá estuvieran almorzando. O durmiendo una siesta. O bebiendo café. Quizá alguno de los amigos estuviera a punto de contar una anécdota sobre Ellacuría o sobre el padre Segundo Montes o sobre cualquiera de los otros. Para los jesuitas de Roma nadie había muerto. Todos estaban con salud y todos los recuerdos con sus compañeros eran buenos.

Al otro lado le respondió un sacerdote. *Buongiorno*, dijo, y Tojeira pensó que estaban a punto de morir otra vez, con su noticia. Pero no podía echarse atrás, su obligación le mandaba explicar lo sucedido, y lo hizo lo mejor que pudo.

—¿Pero tú estás bien? —preguntó el hombre que había contestado.

—Sí, sí, estoy bien —aseguró Tojeira, que continuó contando lo sucedido—. ¿Pero ha entendido lo que le he dicho? Han matado a los jesuitas de la UCA, a ellos y a sus dos asistentes.

—¿Pero tú estás bien?

—Han asesinado al padre Ellacuría, al padre Segundo Montes, a Nacho Martín-Baró, a Amando López, a Joaquín López y López, al padre Juan Ramón Moreno...

—¿Pero tú estás bien? —insistió la voz de Roma. Entonces Tojeira me explica que se molestó, porque en esos momentos no se piensa mucho. Es imposible medir el impacto en el otro de lo que se está contando. Tal vez el hombre al otro lado del teléfono pensaba que se había vuelto loco, que lo que él le trataba de explicar era un cuen-

to insano y macabro. Tal vez sólo lo sospechó durante un momento hasta que comprendió que su compañero estaba naturalmente angustiado.

—¿Pero tú estás bien? —repetía.

—Sí, bueno, sí, estoy bien —dijo finalmente Tojeira—, estoy bien... te estoy contando y hablando, estoy bien...

Lo que Tojeira no entendía es que su voz no era la misma, se había vuelto diferente, más alta, entrecortada, deformada por la emoción.

El centro pastoral tenía el suelo cubierto de ceniza y las paredes manchadas de sombra estaban repletas de orificios de bala, igual que los archivadores y los escritorios. Habían acabado con el lugar como si se tratase de la oficina de inteligencia de un cuartel enemigo, salvo que aquello era una universidad católica. El olor a pólvora era insoportable. Tojeira salió de allí y volvió al jardín donde se encontraban los cuerpos de sus compañeros. En ese momento, se dio cuenta de que el arzobispo Arturo Rivera y Damas había llegado. Vestía un atuendo negro, llevaba una cruz que parecía de oro colgada a la altura del pecho y caminaba rodeado por un buen número de periodistas que lo aturdíán a preguntas. *Los cristianos primero rezamos y luego damos la entrevista*, les decía. Y parecía una respuesta poco seria, pero no tenía más que decir, al menos no en ese momento. Si hubiera podido evitar hacer declaraciones lo habría hecho pero, ante la imposibilidad de evitarlo, al menos podía retrasarlo.

El arzobispo se acercó a Tojeira, le dio el pésame y le pidió que le identificara a cada uno, porque estaban de espaldas y en unas condiciones que nadie que no fuera realmente cercano los habría podido identificar. Tojeira hizo lo que le pedía, con discreción, tratando de evitar que los periodistas notaran lo que hacía, pero estaban tan cerca que no fue posible. Tojeira le explicó que dentro, en el pasillo y en una habitación, había dos cuerpos más. Rivera y Damas pidió silencio y pronunció una oración y los demás respetaron el gesto y callaron mientras rezaba.

Al acabar, Tojeira acompañó al arzobispo hasta las habitaciones donde se encontraban los otros cadáveres. Caminaron sin hablar

mientras miraban los cuerpos. *Qué barbaridad, cuánto odio*, dijo Rivera y Damas al ver el cuerpo de Joaquín López y López. El jesuita vestía una camisa que no parecía apropiada para una noche fría de noviembre, de tela enralecida a causa del uso. No tenía el aspecto de un académico, vestía con tal sencillez que era imposible saber a qué se dedicaba. Tal vez aquella imagen fue una especie de revelación para Rivera y Damas. La revelación de descubrir una vida entregada a un propósito, una vida llena de renuncia.

—Tenemos que reunirnos en la Nunciatura —indicó Rivera y Damas—. A las once estaría bien. Voy a ver si consigo una cita con el presidente Cristiani.

—Cuenta conmigo. Estaré a esa hora en su oficina.

—Bueno, padre —dijo Rivera y Damas—. No nos podemos quedar de brazos cruzados.

Tojeira asintió. Y aquel hombre que era el arzobispo, que se movía con una lentitud de neblina, caminó dejando atrás la escena pero no a los periodistas, que volvieron a rodearlo.

—¿Arzobispo, quién mató a los padres jesuitas?

—Los mató el mismo odio que mató a monseñor Romero —contestó monseñor Rivera en lo que parecía una respuesta correcta y adecuada e igualmente vacía, pero no lo era. Había dicho lo que realmente había querido decir y para él era toda la verdad.

Poco después, Tojeira también atendió a los periodistas. Había medios de prensa escrita y de radio, y alguno de la televisión, sobre todo extranjera, que estaban en el país cubriendo los últimos acontecimientos de la ofensiva. No dijo mucho, como se suponía, no tenía más que algunos indicios o sospechas de lo que había sucedido. No transcurrió mucho tiempo para que llegaran algunas personas amigas. Incluso algunos vecinos se atrevieron a salir de su anonimato y se acercaron al campus para observar lo que ocurría. Tojeira aún hablaba con los periodistas cuando apareció un hombre llamado Francisco Guerrero, un viejo político muy conocido en esos años. Guerrero parecía sinceramente afectado, pues conocía personalmente a la mayoría de los jesuitas asesinados. Tojeira lo vio llegar por la puerta que da a aquel lugar desde la capilla y caminar con urgencia hasta donde se encontraban. Se detuvo sin saludar frente al cuerpo de Ellacuría. Guerrero lloraba amargamente con sollozos apagados, se secaba las

lágrimas con un pañuelo, se tapaba la boca, negaba con movimientos de cabeza. Cuando Tojeira acabó de hablar con uno de los periodistas, Guerrero se acercó a él.

—Estos cabrones lo van a pagar —le dijo Guerrero con una voz que era como un sollozo. Los que han hecho esto lo van a pagar, padre.

—Sí. Lo sé —le intentó tranquilizar Tojeira.

Guerrero puso una mano en el hombro de Tojeira y de alguna manera lo obligó a caminar con él tratando de alejarse de los periodistas. No lo hizo de una manera brusca, y sin embargo, Tojeira se dejó llevar. Guerrero se acercó mucho a él mientras andaban, apoyando su cabeza en el hombro del sacerdote.

—Pero lo van a pagar, padre —repitió Guerrero, en voz muy baja.

—Tienen que pagar. Siempre hay justicia, humana o divina, pero siempre la hay.

—Lo van a pagar —insistió—. Y ¿sabe por qué, padre? Porque yo tengo unas grabaciones. Tengo unas grabaciones en el auto. Grabaciones de militares, yo las tengo. Por eso le digo que lo van a pagar.

—No debería decir esas cosas, no aquí —señaló Tojeira, que no se esperaba semejante confesión. Conocía a Guerrero pero no de manera personal, nunca habían sido amigos.

—No me importa, padre.

—Tranquilícese, Francisco.

—Voy a darle esas grabaciones un día, padre. Voy a dárselas pronto, y verá. Verá cómo se joden esos cabrones. Verá que sí, padre. Van a pagar. Se lo juro.

Tojeira no llegó a escuchar las grabaciones. Doce días más tarde, Guerrero fue asesinado mientras conducía su auto por el centro de San Salvador. Lo ametrallaron mientras esperaba el cambio de un semáforo en rojo. Quiénes mantenían esas conversaciones y qué se decía en ellas, será algo que probablemente nunca llegue a saberse.

La mañana siguió siendo tibia dentro de la universidad y empeoró cuando se acercó el mediodía. La escena seguía intacta, a la espera de que las autoridades policiales hicieran su trabajo. Un cuadro en verde y rojo bajo el sol, rodeado de periodistas, de amigos y de curiosos. En algún momento, Tojeira descubrió que había moscas sobre los cuerpos.

—Me enfurecí —confiesa.

—¿Se enfureció?

—Sí, me dio muchísima rabia cuando vi las moscas encima de los cuerpos. Era indignante. Y me dije: «Los han tratado como mierda y ahora esto».

Cuando lo dice, sonrío. Han pasado tantos años que ahora puede sonreír al final de una frase como esa.

Tojeira era provincial de los jesuitas para Centroamérica. No era uno de los sacerdotes más conocidos de la universidad, no como lo eran Ellacuría o Segundo Montes o incluso Martín-Baró, que eran invitados, sobre todo el primero, a entrevistas de televisión, o eran buscados por periodistas de prensa escrita y de radio continuamente porque su opinión era considerada en muchos ámbitos como una que tenía validez. La fuerza de los jesuitas tenía un peso específico muy grande que iba más allá de las aulas universitarias y se extendía en la vida política, religiosa y social del país. Pero Tojeira no era una persona orientada a las universidades, ni al trabajo que desde la UCA se realizaba. Él se había preparado para trabajar a nivel popular, y si bien había estudiado por su cuenta temas de antropología social y le gustaba mezclar evangelio y realidad, lo hacía siempre de la ma-

nera más sencilla posible. En aquel tiempo, su preocupación principal eran los seminaristas, a los cuales daba seguimiento. No solía dar entrevistas, tampoco se las solicitaban, y su vida transcurría casi en el anonimato.

Cuando inició la ofensiva, la noche del sábado, Tojeira no pudo ir a su casa pues toda la calle estaba acordonada por los soldados. Por la tarde, había habido una escaramuza entre una unidad del ejército y miembros de la guerrilla, que atravesaban la zona. A esa hora, Tojeira se encontraba en el cine. Cuando llegó había oscurecido y los militares no dejaban pasar a nadie a la colonia de Jardines de Guadalupe, así que tuvo que dar un rodeo para llegar hasta una casa donde vivían unos seminaristas de su Orden con los que pudo pasar la noche.

Tojeira sabía con antelación que algo estaba por acontecer. La misma guerrilla, con quien algunos sacerdotes tenían relación, les había advertido, pero él se lo tomó de una manera relajada. Muchas veces la guerrilla había anunciado una ofensiva que acababa en un ataque a un puesto militar y en poco más, algo que terminaba de inmediato. Por ello, aquel día, Tojeira no encontró motivo para alarmarse ni para alterar su rutina. Se marchó al cine como lo hubiera hecho cualquier sábado.

Su vida casi anónima acabó la mañana de aquel jueves 16 de noviembre del año 89, cuando encontró los cuerpos de sus compañeros asesinados. Muy pronto le quedó claro que era su turno. Como provincial de los jesuitas, tenía que estar al frente y asumir las consecuencias.

—Si los mataron a ellos, que eran importantes, conocidos, con conexiones internacionales —me dice— por qué no van a matarme a mí. Eso lo tuve claro esa mañana. Provincial es un cargo interno, del que casi nadie sabe nada, suponía destinar gente a los trabajos y ver cómo trabajaban, nada más. Pero sabía que debía asumir mi responsabilidad.

—No quedaba otra opción, supongo.

—Ninguna otra.

A las once de la mañana, Tojeira se reunió en la Nunciatura con monseñor Rivera, quien le comunicó que tenían una cita con el presidente de la República, Alfredo Cristiani, una hora más tarde. En la Nunciatura había muchas personas y parecía que era domingo y no

jueves. Tojeira y monseñor Rivera se reunieron en una pequeña oficina en la que los acompañaba otro sacerdote, un hombre llamado Gregorio Rosa Chávez. Conversaron sobre lo sucedido y Tojeira les informó del análisis que habían hecho desde un primer momento.

—Fueron veinte minutos de tiroteo —les aseguró—. Veinte como mínimo. Lo sé porque obviamente lo escuchamos. Desde la Torre Democracia había visión del lugar.

—¿Había soldados allí?

—Estaban vigilando porque la guerrilla había atacado la zona de Jardines de Guadalupe el día once. Así que había soldados por todas partes, incluida la Torre Democracia.

La entonces llamada Torre Democracia era un edificio situado junto a la universidad, en el lado este, y tiene setenta y un metros de altura, repartidos en diecinueve pisos. Cuando sucedió la matanza, no estaba en funcionamiento aún, ni siquiera estaba terminada, pero se encontraba en su etapa final de construcción, así que miembros del ejército se apostaron en el lugar. Desde sus pisos superiores y su azotea podía verse el interior de la universidad, precisamente el ala donde se encontraba la casa en la que vivían los jesuitas.

—Y está claro —siguió Tojeira— que esto no pudo haber sucedido si no lo quería el ejército. A doscientos metros de la universidad está la colonia Arce, y todos sabemos que está militarizada porque allí viven muchos militares con sus familias. A cuatrocientos metros queda la Inteligencia Militar. Y a seiscientos metros el Estado Mayor. Había toque de queda desde las seis de la tarde. No se puede cometer un crimen por veinte minutos y decir que el Estado Mayor no sabía nada.

—Parece que hay cosas que están muy claras —dijo monseñor Rosa Chávez.

—Las posibilidades son obvias —continuó Rivera—. Pero ya lo eran antes de saber estas cosas. Todos sabemos quiénes actúan de esta manera.

Hablaron un poco más sobre lo sucedido, discutieron sobre lo que podían o no decir al presidente Cristiani y le preguntaron a Tojeira qué medidas de seguridad tomarían como Compañía de Jesús. Tojeira les explicó que habían comentado la idea de marcharse a una sola casa, a la casa ubicada en la ciudad de Santa Tecla.

—¿Vivirían todos allí?

—Por el momento, sí. Es una casa grande, aunque seremos unos cuarenta, así que vamos a compartir los cuartos. Lo importante es estar todos juntos. Suponemos que no nos pueden matar a todos.

Pasados unos minutos, Tojeira y monseñor Rivera salieron para ir a reunirse con el presidente del país. Las calles del centro de la ciudad estaban vacías, salvo por los soldados que caminaban en filas o se encontraban detenidos y alerta y los miraban pasar en el automóvil de la Nunciatura sin saludarlos. Le pregunto a Tojeira si al ver a aquellos soldados tenía miedo o rabia o si pensaba que alguno de ellos había participado en los hechos de la víspera y me dice que no recuerda, que ni siquiera sabe qué calles tomaron desde la Nunciatura hasta la oficina de Cristiani, que aquel momento de ese día no existe, no sabe si hacía calor o brisa y tampoco recuerda si desayunó algo o a qué hora lo hizo y en compañía de quiénes o si lo saludaron o le dieron el pésame las personas que había en la Nunciatura aquella mañana. Sabe que no les fue difícil entrar en la Casa Presidencial, eso lo recuerda bien. El edificio estaba rodeado de soldados, de pie a lo largo de la acera, entre los arbustos o bajo los árboles. Había un tanque justo en la entrada, junto al portón de metal, flanqueado por militares armados con fusiles M-16. Sabía que la noche que comenzó la ofensiva, la casa había sufrido un atentado, así que aquella vigilancia era normal. Ellos entraron sin problema y aparcaron dentro de la propiedad, bajo un enorme pino, al fondo del estacionamiento. Cuando bajaron, los saludó un militar y les pidió que lo acompañaran. En la entrada de la casa había otros dos militares, que los saludaron como lo harían con un superior, cuadrándose y tocándose la frente con el canto de la mano derecha. A Tojeira le sorprendió que las secretarias estuvieran presentes como si fuera un día laborable, como cualquier otro. Aunque se sentaron en un sillón fuera de la oficina, no los hicieron esperar, una mujer les dio la bienvenida y les dijo que podían pasar, que el presidente los esperaba.

Entraron en la oficina y de inmediato sintieron el frío de un aire acondicionado que parecía estar a su máxima potencia. Tojeira me cuenta que incluso el suelo estaba frío, que podía sentirlo, y que también lo estaba el forro de las sillas en las que se sentaron, frente al es-

critorio del presidente. Junto a Cristiani se encontraba un militar, el coronel López Varela. Se saludaron con nerviosismo y el presidente y su acompañante les dieron el pésame por lo ocurrido. A Cristiani se le notaba compungido, pero López Varela tenía un aspecto serio, de aparente seguridad, sin querer mostrar ningún indicio de nada, como si estuviera jugando con sus amigos a ese juego de niños donde se sitúan el uno frente al otro y se miran fijamente, el rostro lívido, sin facciones, liso como la pátina de un río congelado durante la noche, y pierde el primero en reírse.

El aire que corría a través de la habitación era como una cuerda que se estira por ambos lados, agarrándose con una fuerza tremenda. Y muy pronto, Tojeira rompió esa cuerda e intervino:

—Señor presidente, debo decirle que los causantes de estos hechos han sido los militares.

—Pero, padre, ¡cómo dice eso! —dijo López Varela—. No haga acusaciones sin fundamento, no es momento para esas cosas.

—El responsable de lo sucedido es el ejército —insistió Tojeira, gritando. Y su expresión era más severa y decidida que la de su interlocutor.

—Que no haga acusaciones sin fundamento, padre.

—Tengo fundamentos.

—Si usted es capaz de decir eso, yo soy capaz de decir que ha sido la guerrilla —señaló López Varela—. Y yo sí tengo pruebas. Hay pintadas dejadas por ellos en la universidad.

—Las pintadas las ha podido hacer cualquiera —le contestó Tojeira—. Nosotros sabemos que han sido los militares. La universidad está a un paso del Estado Mayor, de la colonia donde viven los militares, del edificio de la Inteligencia. Yo mismo he visto desde la ventana de mi cuarto pasar soldados todas estas noches. Estamos rodeados. ¿Cómo explica eso? Ahora resulta que los guerrilleros atravesaron el cordón militar y fueron a asesinarlos. Eso es imposible, señor. ¿Por quién me toma?

—Le repito, padre, que no puede venir aquí a hablar así. ¿Quién se cree que es?

—Yo no me creo nada. Sólo digo la verdad. Y la verdad es que han sido los militares.

Dice Tojeira que aquellos días terribles estuvo fuera de sí. Ir al despacho del presidente y discutir con un coronel del ejército no era algo que hubiera sucedido en condiciones normales. Su reacción fue desmedida, aunque tenía una buena excusa para ello. La escena de sus compañeros no abandonaba su mente. Había recibido un golpe al mentón, y aunque no se había derrumbado, estaba tocado, tendido en las cuerdas, a punto de caer, pero sabía que no podía permitírselo, aunque se encontrara por completo mareado. Por suerte, aquel cruce de palabras no llegó a más. El presidente Cristiani les pidió calma del mismo modo que monseñor. Finalmente Tojeira se tranquilizó y ofreció una disculpa por su intervención tan intempestiva.

—Fueran los militares o fueran los guerrilleros los culpables —afirmó Cristiani—, vamos a investigarlo y vamos a hacer justicia. Les aseguro que vamos a hacer justicia.

Aquellas palabras del presidente le dieron cierta confianza, así que después de la tensión inicial, Tojeira explicó el análisis que habían hecho sobre lo sucedido. Durante su exposición, López Varela no volvió a levantar la voz ni a contradecir al jesuita. Al finalizar, monseñor Rivera dijo que él estaba de acuerdo con lo que Tojeira decía, y el presidente Cristiani enfatizó que se llevaría a cabo una investigación con la mayor brevedad posible.

Al final de la reunión, cuando ya se habían despedido, monseñor Rivera le pidió protección militar al presidente Cristiani. Tojeira se quedó frío y me asegura que pensó: *¿Qué le pasa ahora a este hombre, cómo pide eso después de lo que ha sucedido?*

—Quería pedirle, señor presidente, protección militar para mi persona.

—Sí, sí, faltaría más —le correspondió Cristiani—. Coronel, tome cartas en ese asunto.

—Lo haremos —indicó López Varela.

—Pero sólo de seis de la tarde a seis de la mañana —precisó monseñor—. Lo que dure el toque de queda.

—Sí, sí, dijo el presidente. Como usted lo prefiera.

—Es que usted comprenderá —continuó Rivera—, que si ven a militares en la Nunciatura durante el día, la gente no va a querer ir, y en los tiempos que estamos la gente necesita ir a vernos.

—No hay problema —le aseguró Cristiani.

—Y quiero aclararle que si pido seguridad es sólo por una razón: si me matan, todos van a saber quiénes han sido.

Ni Tojeira, ni tal vez nadie en aquella oficina, podía creer lo que aquel hombre había dicho.

Al salir de la reunión con el presidente, Tojeira y monseñor Rivera dieron una conferencia de prensa en la que explicaron su versión de lo ocurrido. Hablaron sobre los doscientos metros que separaban la UCA de la colonia de los militares y los cuatrocientos metros del edificio de Inteligencia y de la Torre Democracia custodiada. También plantearon la que iba a ser su política de acción: verdad, justicia, perdón. Los tres elementos que iban a buscar desde entonces en relación con el asesinato de sus compañeros jesuitas. Por último anunciaron que el presidente Cristiani les había prometido una investigación.

—¿Tienen miedo, padre? ¿Miedo de que esto siga?

—Nosotros ya no tenemos miedo —respondió Tojeira.

—Acaba de inculpar al ejército de la República. ¿Cree que pueda haber represalias?

—No.

—¿Hay testigos, padre?

—No.

—Hay casas alrededor, desde ninguna de ellas se ve lo que pasa dentro, pero sí se escucha, eso es seguro. ¿No cree que puede haber muchos testigos que hayan oído lo que pasó?

—Hasta ahora no hay un solo testigo.

La rueda de prensa acabó poco antes de las cinco de la tarde. Como el toque de queda empezaba a las seis, Tojeira se apresuró a volver a su oficina. Ya a esa hora sabía que no se quedarían en la casa junto a la universidad sino en Santa Tecla, pero antes tendría que pasar por la oficina, de la que se había marchado temprano, justo después de

llamar a Roma para contar lo sucedido. A esa hora las calles ya eran una larga línea de silencio. La desolación era apenas interrumpida por grupos de soldados que se escabullían por las aceras secundarias o entraban a los edificios. En algún momento, Tojeira se cruzó con un grupo de tanques que se dirigía en dirección contraria. Avanzaban con lentitud como una manada de elefantes muy viejos.

—¿Hubo algún tipo de interacción? —le pregunto.

—¿Con la gente de los tanques?

—Sí.

—Pasé a la par de ellos y se me quedaron mirando, pero no hicieron nada, ni siquiera me detuvieron. A veces los miraba con el rabillo del ojo. Pero si quieres que te diga la verdad, ya estaba tranquilo. Es decir, asumía la situación.

Le pregunto cuál era esa situación y Tojeira me contesta lo que había dicho ya antes:

—Pensaba que si los habían matado a ellos, que eran importantes, conocidos por muchísima gente, con conexiones internacionales, cómo no iban a matarme a mí. ¿Quién era yo?

—El provincial.

—Sí, pero eso no es importante. Ese es un cargo interno...

—¿Usted estaba seguro de que iban a matarlo?

—Sí. En aquellas horas así lo creía. Creía que me iban a matar. Había dado la cara porque tenía que darla, porque era mi obligación, y eso, según entendía, era como una condena, pero lo asumía y estaba bien.

Tojeira transitó por las calles de San Salvador a esa hora del final de la tarde. La ciudad entera era como un contenedor a punto de reventar, un contenedor cuyas soldaduras ceden por la presión del agua mientras el grifo que lo llena no se cierra. Él seguía su camino sin pensar, únicamente sintiendo, percibiéndolo todo alrededor, como siendo parte de lo que sucede, o el centro de lo que sucede, ya no sólo en esa ciudad, en San Salvador de noviembre de 1989, sino en el mundo de 1989, en un instante terrible y profundo cuyo inicio no tenía un verdadero final. La plenitud se había apoderado de él aunque no era consciente de ello. Había aceptado su destino. La trascendencia de ese destino. Como años antes lo había aceptado

Ellacuría cuando decidió quedarse en un país en el que había recibido amenazas, y en el que la institución de la cual era rector, la UCA, había sufrido cuatro atentados. Porque todo ocurrió por Ellacuría, me asegura Tojeira. Lo buscaban a él, no a los otros. Ellacuría es el principio y el final de esta historia. Los otros sólo estaban en un lugar en el que no había que dejar testigos.

Tojeira entró en su oficina sin saber muy bien por qué. No tenía mucho tiempo. La hora avanzaba, faltaban veinte minutos para las seis y aún tenía que conducir hasta la casa de Santa Tecla, donde debía reunirse con sus compañeros para pasar la noche. Sabía que él se había quedado atrás, que a esa hora todos estarían ya congregados y la puerta estaría cerrada, no con llave, porque lo estarían esperando, pero sí cerrada. Tal vez estarían preocupados por él, quizá estarían rezando una oración para que llegara sin ningún percance. ¿Qué tenía que estar haciendo en esa oficina? ¿No había sido una imprudencia? ¿No podían estar esperándolo? Se había convertido en un blanco fácil. Aun así entró en la oficina y escuchó de inmediato el sonido del telefax. Se acercó y se dio cuenta de que aquel aparato había estado funcionando durante todo el día.

—¿Sabes lo que es un telefax? —me pregunta.

—Realmente, no.

—Era como un aparato para enviar telegramas. Yo los escribía a máquina sobre una cinta y sólo lo punteabas y metías la cinta punteada en el telefax, lo enviabas y en el destino que indicabas salía impreso el mensaje.

—Comprendo.

—Vi aquella máquina que no paraba de trabajar. Seguro que había pasado todo el día así porque se acumulaban muchísimos mensajes, una cantidad tremenda de mensajes de solidaridad. Llegaban de Francia, de Italia, de España. Me escribían desde ministros hasta alumnos de instituto. También desde las parroquias, hasta había uno de Japón o niños de un colegio de Uruguay, universidades de Europa, de Asia, de África. Había mensajes de México, de Estados Unidos, de Inglaterra, de Argentina, parecía que el mundo entero estaba escribiéndonos, el mundo entero estaba con nosotros. En aquel momento pensé: *No me pueden matar*. Cuando salí de allí estaba convencido de que no podían tocarme.

—¿Y lo creyó de verdad, en ese instante?

—Sí. Y no era que no tuviera miedo, era que el miedo no importaba.

Llegó a la casa de Santa Tecla minutos antes de las seis y cuando entró ya no esperaban a nadie más, así que cerraron la puerta con doble llave y se quedaron solos. Cuarenta hombres en una casa iluminada con velas o lámparas de gas, ya que el servicio eléctrico había sido cortado desde la tarde y no se había restablecido. Antes de cenar, Tojeira llamó a sus compañeros para celebrar una misa. Salió al patio. Era amplio y había macetas con plantas apiladas alrededor. Escuchó el levísimo sonido de una radio que sonaba en alguna parte, pero nada más. Sin saber la razón, no se oían disparos ni las detonaciones de las bombas que dejaban caer los aviones del ejército ni la batería antiaérea de la guerrilla. Nada de lo que se había percibido los últimos días. Todo pareció en calma. Se trataba de un silencio que no era habitual. Tenía densidad. Tensión. Todo aquello que nace con el miedo. Aquella noche, la sexta desde el inicio de la ofensiva, el silencio era más grande porque el miedo lo era mucho más.

Tojeira se reunió con sus compañeros y dio inicio a la misa. Me asegura que no recuerda cuál fue el evangelio de esa noche, pero que recuerda el salmo porque era perfecto para aquel momento.

—Las naciones han contemplado la victoria de nuestro Dios—dijo Tojeira. Aquel era el salmo. Y lo leyó una vez más.

Encontró propicio informar a todos de los mensajes que había recibido en su oficina. Les dijo que eran cientos, quizá miles, de personas de todo el mundo hablando de los mártires. Les contó que había una reacción internacional tremenda, que no lo encontrarían en los periódicos del país porque estaban controlados, pero que existía, que fuera todos hablaban del asesinato de los jesuitas, y que al Go-

bierno se le hundiría la guerra y la perderían si les hacían daño. Lo dijo de esa forma tan cruda porque no tenía otra manera de decirlo. Al final añadió:

—Estas personas que nos han escrito de tantos países ven una victoria en la muerte de nuestros hermanos. Y el salmo nos habla a nosotros, congregados aquí, nos lo dice a la cara: «Las naciones han contemplado la victoria de nuestro Dios».

Tojeira quería animar a su congregación, tratar de que no tuvieran miedo, convencerlos de que lo ocurrido era también una oportunidad. Por eso dijo todo aquello, pero también porque lo creía firmemente.

Esa noche, después de la misa, se reunieron para cenar y mientras comían Tojeira les contó a algunos compañeros lo sucedido durante la reunión con el presidente. Les habló del militar con quien había discutido a gritos y de la petición final del arzobispo, lo que causó un genuino asombro. Poco después, estuvieron de acuerdo en irse a dormir y se dijeron que debían conservar la fe y la calma y que nada sucedería, que había que rezar mucho e intentar conciliar el sueño. Parecían convencidos, pero ese convencimiento duró poco porque cada ruido, por mínimo que fuera, los despertaba y los hacía pensar que habían ido a acabar la faena. Una rata que empujara una lata de metal en el tejado, el sonido del viento de la madrugada en los viejos aleros de la casa, una puerta que se abriera o se cerrara, la llave del baño, el sonido apagado de las voces de algunos que conversaran en el patio, cualquier mínimo ruido los hacía contener la respiración, sentarse sobre la cama, levantarse, asomarse por la puerta abierta con sigilo. Muchos tuvieron que tomar pastillas para el sueño o Valium, que entonces podía comprarse en las farmacias como si se comprara una aspirina. Algunos se encontraron en la cocina a las dos o las tres de la madrugada y prepararon café o una infusión y hablaron en voz muy baja sobre lo que ocurría.

Alguien se dedicó a rezar y caminó alrededor del patio por horas mientras meditaba y otro alternaba su meditación con el rezo del padrenuestro o el avemaría y estaba alerta sobre los ruidos del tejado o la calle. A las tres de la madrugada casi todos ellos deambulaban por la casa como sombras en un teatro en penumbra en el que se escenifi-

ca una tragedia en la cual los personajes nunca pronuncian una frase si no es a través del susurro.

Llegó el automóvil. No eran aún las cuatro cuando escucharon que se detenía junto a la casa. Tojeira, que llevaba un rato despierto, lo sintió con claridad y se espabiló de inmediato y se sentó en el borde de la cama. El vehículo se había detenido justo frente a su ventana, que estaba cerrada. Antes, había oído murmullos fuera, no en la calle sino en el patio, en los pasillos, y supo que todos en la casa habían escuchado el motor porque esos murmullos se habían apagado. Tojeira se acercó a la ventana y nada se oía. Se abrió una puerta y se cerró casi de inmediato. Escuchó voces de hombre. Seguramente las de los ocupantes del automóvil. *Allí es donde viven esos curas cabrones*, afirmó uno. Tojeira distinguió lo que había dicho con total claridad. La casa de Santa Tecla era amplia, con grandes corredores rodeando un patio central. Una casa construida a principios del siglo XX. Pilares altos por donde era imposible subir al tejado. Y una sola puerta de salida. No tenía ni desvanes ni sótanos. Si entraban, no había nada que hacer. Los hombres caminaron hacia el norte, en dirección a la puerta de la casa. Tojeira salió de su habitación y se dirigió a la entrada. Afuera todo estaba detenido. Las sombras que eran sus compañeros estaban en silencio, paralizadas como si formaran parte de un escenario fantástico movido por un mecanismo al que se le hubiera acabado la cuerda. Una fotografía en blanco y negro de un instante grave y sombrío, antes de una tragedia. Tojeira se dirigió a la puerta y esperó. Esperó por unos segundos interminables a que alguien llamara o gritara pidiendo que salieran. Escuchó un grito pero no entendió lo que decía. Pensó que los estarían llamando. Pronto siguió un grito de respuesta. Risas. Estaban riendo. Era la madrugada del día 17, poco antes de las cuatro de la madrugada. Una madrugada fría de noviembre, ventosa, sin luna, con los faroles de energía eléctrica apagada, oscura como el interior de un ataúd cuando se cierra. Aquellos hombres reían, afuera. Tojeira oyó de pronto una frase que comprendió: *Qué pasó hijoputa, todo acabado te ves*. Aún tardó mucho tiempo en entender que aquellos hombres no habían ido a buscarlos. Eran soldados, o miembros de la Guardia Nacional, y no sabía qué hacían a esa hora en esa calle, pero no los buscaban a ellos. No esa noche. Un rato más tarde, se escucharon fra-

ses de despedida, un motor que arrancaba, el sonido de puertas al cerrarse y el del auto que avanzaba y se alejaba hasta extinguirse. Alguno se sentó en el suelo y lloró con amargura. Otros, simplemente siguieron como si no hubiera sucedido nada, como si el mecanismo hubiera vuelto a empezar. A las cinco, la comunidad se reunió para rezar y para preparar el desayuno. Así pasó la primera noche. Con la luz de la mañana, después de comer, había en todos cansancio, pero también calma, pues con la llegada de la claridad todo parecía menos terrible.

El día después de los asesinatos la actividad fue, si acaso, más frenética. Temprano, recibieron la noticia de que la Embajada española no iba a acoger a la única testigo del asesinato. Los jesuitas le habían pedido que protegiera la seguridad de Lucía Cerna, su marido y su hija, pero la embajada se había negado. Eso resultó un golpe muy fuerte, toda una decepción. Lucía y su familia permanecían escondidos en la misma casa en la que se habían quedado la semana entera, la misma desde donde ella había visto salir a los soldados. Se barajaron varias opciones y se decidió que, de no haber otra posibilidad, se podía buscar asilo en la Embajada de los Estados Unidos. Aquella fue la primera decisión de una mañana agitada.

La segunda fue enterrar a los padres en nichos que se construirían en la capilla de la universidad. Tojeira había tenido la idea de enterrarlos como se hacía en el área rural de su tierra, Galicia, donde era costumbre sepultar a los sacerdotes delante de la puerta de la iglesia de tal forma que literalmente se tenía que pasar por encima de las lápidas para entrar. Expuso su idea y todos estuvieron de acuerdo con que se debía enterrar a los padres en la capilla, pero también se dijo que sería muy complicado cavar seis tumbas, pues no habría suficientes obreros disponibles en esos días, en medio de una ofensiva militar. Ante esa situación, lo mejor era enterrarlos en nichos, ya que se podía romper la pared que daba a una habitación lateral junto a la capilla. Fue la segunda decisión de entonces, la de la preparación de los nichos.

La tercera, poco más tarde, fue ir a reunirse con la familia de Elba y Celina. Tojeira quería explicarles que su intención era enterrar

a estas mujeres junto a los padres. Así lo hizo pero los familiares se negaron. La excusa que le dieron fue que, cuando la madre de Elba agonizaba, le pidió a su hija que quería que la enterraran junto a ella. Quería que estuvieran juntas y todos los hermanos de Elba coincidieron en que esta mujer era la hija preferida de su madre y que tenían la intención de cumplir ese deseo. Tojeira no tenía manera de saber si aquella historia era cierta o si sólo querían dejar todo atrás, si los parientes de estas mujeres tenían miedo. Los dejó hacer porque tampoco podía evitarlo, y aceptó que enterraran a la madre como quisieran.

La cuarta decisión fue que el velatorio de los cuerpos se llevaría a cabo en la capilla de la universidad y que todo acabaría a las cinco treinta de la tarde, media hora antes del inicio del toque de queda. Si bien por la mañana el movimiento fue poco, después del mediodía hubo mucha más gente que entraba y salía de la capilla de la universidad. Muchos eran estudiantes, o amigos, o vecinos, gente cercana a Ellacuría o a Segundo Montes o a los otros sacerdotes. Hubo escenas terribles de desconuelo, de llanto incontenible. También hubo algo más, cierta tensión inevitable. Una constante sensación de que en cualquier momento algo podía pasar. Pero a pesar de ello, la gente no paró de llegar ni se marchaba. Tojeira recuerda que era algo conmovedor recibir a personas que aun en aquel contexto, en medio de los enfrentamientos, venían de las afueras de San Salvador, algunas de ellas andando por treinta y seis kilómetros, por cuarenta kilómetros, veinte de ida y veinte de regreso, en medio de las balas o de los bombardeos de la fuerza aérea y bajo la mirada de los soldados que los veían andar por las calles desoladas. Eran buenas personas que procedían de comunidades muy pobres, de esas con las que habían trabajado Martín-Baró o Amando López, a quienes les parecía que debían esa solidaridad y esa valentía porque se habían ocupado de ellos.

En algún momento, una de estas buenas personas dijo que temía que por la noche los asesinos volvieran y robaran los cuerpos de los jesuitas, o los quemaran junto con la capilla. Aquel rumor se extendió por todos los presentes y la preocupación volvió a desbordarlos. A Tojeira aquello le pareció irracional, pero era cierto que todo en aquella situación lo era.

—¿Y si vienen en la noche y roban los cuerpos, padre?

—Ojalá los roben —les respondía Tojeira, sin dudar—. Ojalá, así se les armaba más lío. Más problemas y más presión van a tener esos desgraciados.

Y la gente, al escucharlo, encontraba algún tipo de consuelo, aunque nadie estaba seguro de nada. Algunas personas querían quedarse por la noche, pero Tojeira y los otros jesuitas se negaron, eso hubiera sido un acto demasiado irresponsable y arriesgado. Una vez más debían confiar en que nada sucedería. Llegada la hora cerraron las puertas de la capilla y se marcharon. Al día siguiente comprobarían que había sido lo mejor, pues nada había sucedido.

Poco antes de que se fueran, en una reunión se había tomado la última decisión de aquel día. Tuvo que ver con el sepelio. Lo que se dijo fue que no se querían armas el domingo durante la misa, no querían gente armada en la universidad. Lo decidieron así porque había un temor latente de que algo pudiera ocurrir. Si el velatorio ya tenía una cuota de tensión muy grande, la ceremonia del entierro sería sin duda mucho peor. No sabían ni siquiera quién podía asistir, temían incluso que algunos enviados de la guerrilla pudieran presentarse y se prestara aquel escenario para una desgracia mayor. Así que se tomó esa decisión y se pidió firmeza para hacer cumplir la misma. Querían asegurar un ambiente de paz absoluta. Y fue en la tarde del sábado cuando esa firmeza empezó a mostrarse, cuando Tojeira recibió la visita de unos enviados del presidente Cristiani.

En mitad del día de los preparativos, aparecieron en la oficina de Tojeira dos personajes, un hombre de apellido Pacas y otro apellidado Valdivieso, quienes eran el ministro y viceministro de Asuntos Exteriores. Lo saludaron amablemente, le dieron el pésame y le comunicaron que estaban allí porque el presidente los había enviado, pues tenía la intención de asistir al sepelio acompañado de su esposa.

—Queremos que usted le reserve un lugar al señor presidente —dijo Pacas, el ministro—, y queremos comprobar el lugar, para saber dónde se va a colocar.

—Bueno —les respondió Tojeira—, pues hay reservadas dos primeras filas en el auditorio, que es donde se va a hacer la misa, dos filas para el cuerpo diplomático. Que se coloque allí. Pero, eso sí, no se permiten armas. No queremos a nadie armado.

—Pero está hablando del presidente del país. ¿Qué pretende?

—No quiero ofenderle, pero sinceramente, no importa que sea el presidente de la República o el papa, hemos tomado esa decisión y no vamos a echarnos atrás.

—¿Qué significa eso de que no le importa? —se alarmó Valdivieso—. Mire, padre, yo tampoco quiero ofenderlo a usted, pero le recuerdo que usted es un extranjero, y le recuerdo también que aquí, en este país, no puede venir a mandar y menos al señor presidente. Lo que quiero decirle es que estamos en medio de lo que estamos, no me va a venir a ordenar que el presidente no traiga a su escolta.

—Señor Pacas —continuó Tojeira—, ustedes pueden hacer lo que les dé la gana, está claro que yo no lo puedo evitar, pero sí puedo advertirles una cosa: les juro que si veo armas en el auditorio digo públicamente que la misa no empieza ni enterramos a los jesuitas hasta que salga esa gente armada. Los medios los van a filmar y van a ver el espectáculo que montamos. Así que decidan ustedes.

—¿Usted no quiere que venga el presidente? —preguntó Valdivieso—. Porque con esa actitud no podemos pensar otra cosa.

—Yo no he dicho eso. No imagine usted pensamientos que yo no tengo en mi cabeza. Si quiere venir que venga, pero las condiciones son las que les he dicho.

—Usted no puede poner condiciones, padre. ¿Pero quién se cree que es?

—Yo no me creo nada, pero veremos si sí o si no puedo ponerlas, sólo les digo que esperen el momento.

Tojeira comenta que todas las imágenes de esa época son más veloces que las de cualquier otra, como si la película de esos días tuviera que correr en su mente siempre más rápido, quizá por el vértigo provocado por la adrenalina.

—¿Entonces qué solución ofrece usted? —preguntó el ministro.

—Si quiere que esté completamente seguro, que él y su señora esposa estén arriba, en el estrado, donde sólo vamos a estar los curas. Así, si alguien quiere matar al presidente va a tener que matar a unos cuantos curas primero. ¿Le parece bien eso?

—Vamos a hablar con él —aseguró el ministro.

Se despidieron y se marcharon. Tojeira me cuenta, veinticinco años más tarde, que esos días se dijeron las cosas como nunca antes

o después. Esos pocos días la diplomacia no existió; el enojo, el dolor, la resignación, todo eso los hizo desprenderse de los atavíos. Y aunque piensa que aquella brusquedad era un tanto extrema, aún está convencido de que esa era la manera que correspondía al momento, y que había dicho justo lo que debía decir.

—¿Y qué sucedió, durante la misa y el sepelio? —pregunto.

—Sucedió que el presidente y su mujer llegaron y se sentaron con nosotros.

—¿Y qué aspecto tenía el presidente?

—Serio. Muy serio.

—¿Hablaban con alguien?

—Sólo con su mujer.

—¿No cruzó palabras con usted?

—Me dio el pésame. Algo muy breve y muy formal. Con quien hablé más fue con el subsecretario de Asuntos Exteriores español, una conversación que cambió un poco el asunto de los testigos.

—¿Por qué?

—Porque entonces supe las razones de por qué no habían aceptado albergar en la embajada a la única testigo del caso.

El subsecretario de Asuntos Exteriores de España, Inocencio Arias, llegó a San Salvador el mismo día del entierro, pero lo hizo temprano, así que se presentó en las instalaciones de la universidad un rato antes de la ceremonia. Llegó acompañado del embajador, un hombre llamado Francisco Cádiz. Tojeira se encontraba fuera del auditorio con otros jesuitas cuando Arias se acercó y lo saludó, le dio el pésame, y le dijo:

—Padre Tojeira, en la Embajada española usted manda. —Esa frase amable, quizá genuina, no fue tomada de buena manera por uno de los jesuitas que se encontraba con Tojeira en aquel momento.

—No diga mentiras, señor subsecretario —dijo un sacerdote llamado Rogelio Pedraz. El señor Arias miró a Tojeira buscando una respuesta.

—Bueno —intervino Tojeira—, si le dices eso al subsecretario, dile por qué se lo dices.

—Porque este señor —contestó Pedraz, señalando con el dedo al embajador—, le dijo a mi provincial que no admitía a una testigo en la Embajada española porque era salvadoreña. Así que no diga usted que el padre Tojeira manda allí.

—¿Es cierto eso? —preguntó el subsecretario al señor Cádiz.

—Son las instrucciones que recibí de Madrid —respondió Cádiz—, de recibir españoles pero no salvadoreños.

—Pues admita a la testigo —le pidió el subsecretario.

Esa conversación se produjo poco antes de la misa, que comenzó sin contratiempos, con el presidente y su mujer en el estrado, sentados en medio del grupo de sacerdotes.

Aquel día el auditorio se vio sobrepasado por la cantidad de gente que asistió a la misa. Un acto de una pluralidad genuina con políticos, embajadores, miembros de la Iglesia evangélica y luterana, empresarios, personas de las comunidades del interior del país... Todo ello en una tarde bajo las balas en el octavo día de la ofensiva militar guerrillera, en una ciudad sitiada por los ejércitos de ambos bandos. Muchas personas no consiguieron entrar y tuvieron que ver o escuchar el acto desde fuera, inclinadas en las paredes laterales o al fondo.

Hubo tres homilías, todas ellas muy breves: una del nuncio, otra del arzobispo Rivera y otra del propio Tojeira. Hasta entonces, Tojeira no había derramado una lágrima por sus compañeros. La tensión a la que había estado sometido lo alejó de los sentimentalismos. Pero tuvo que contener las lágrimas en un momento impensado en la homilía. Su intervención duró ocho minutos, quizá un poco más, y casi al final de ella dijo:

—Mientras los criminales asesinaban a los jesuitas, los jóvenes que estaban en la zona de la Chacra recogían cadáveres de ambos bandos para que fueran enterrados con dignidad y no quedaran tirados en la calle, de manera que, aunque hayan matado a estos, no han matado a la Compañía de Jesús, no han matado a la UCA, no la han matado...

Lo dijo con vehemencia, creyendo en sus propias palabras. No pretendía provocar una reacción, en su discurso la frase final

No la han matado, no la tenía escrita, la había pronunciado porque le nació en el momento. Aquella frase, que era un énfasis, hizo que todo el auditorio se pusiera de pie y aplaudiera. Tojeira se quedó impactado por el acto espontáneo que él interpretó como un gesto de solidaridad absoluta. Sintió que le llegaban las lágrimas pero logró refrenarlas y volver a su discurso, que leyó como mejor pudo.

— ¿Y qué ocurre después, padre? —le pregunto.

Tojeira me cuenta que unos minutos antes del final apareció Rubén Zamora, un miembro de la fuerza política de la guerrilla. La presencia de este hombre fue recibida con aplausos generalizados. No se suponía que debiera estar en el auditorio, ni siquiera se suponía que debiera estar en el país. Era un exiliado político, un perseguido, y que se contara entre los asistentes fue un acto de valentía y de locura al mismo tiempo. Al entrar, bajó todo el auditorio hasta la parte del escenario, donde se encontraban los cuerpos de los sacerdotes, y se abrazó al ataúd del padre Ellacuría, arropado por un aplauso emocionado.

— ¿Y el presidente, padre?

— Cristiani acababa de marcharse. No se vieron. Supongo que lo tenía todo controlado, que entró cuando era conveniente, y se quedó hasta el final, ayudó a cargar el ataúd de Ellacuría hasta la capilla y después, sin que nos diéramos cuenta, desapareció.

Dentro de la capilla, a la izquierda de un altar adornado con escenas poco ortodoxas cuyas figuras recuerdan a campesinos vestidos con ropas coloridas, se encuentran los seis nichos, flanqueados por cirios, adornados siempre por jarrones con rosas o plantas de flores blancas, situados en el suelo. El mismo día del entierro ya colocaron los ataúdes en los nichos y los cerraron de inmediato, mientras el arzobispo decía unas palabras e invitaba a una oración final. El suelo bajo ellos estaba cubierto de sobras de cemento y flores blancas.

— Después de que el arzobispo rezara y se sellaran los nichos ya acabamos y nos fuimos despidiendo de la gente.

— ¿Y nada pasó?

— Nada.

— ¿Nada al menos ese día?

— Sí, al menos ese día. Lo que viene después es una lucha muy grande.

—¿Una lucha contra quién?

—Contra la oscuridad. Contra lo que se esconde en la sombra.
Contra lo maligno.